

CAPITULO XXIV.

Un desafío.

El coche en que iban Fernando y Miguel atravesaba las calles de la ciudad con una rapidez desconocida hasta entonces en los anales de la velocidad alquilona, picado sin duda en su amor propio, queriendo rehabilitar el buen nombre de sus cofrades, y desmentir la calma proverbial que el mundo les atribuye, designándoles con el humillante epíteto de *simones*. El esposo de Luisa y su rival marchaban en el mayor silencio. En la mente del primero bullian las ideas de venganza provocada por el honor ultrajado: en la del segundo, las del amor despreciado.... Las de aquel eran terribles, san-

grientas; las de éste, tiernas y dulcemente tristes, pero no menos desgarradoras.

Después de haber andado un cuarto de hora, el carruaje se detuvo á la puerta de la casa del amigo de Fernando: entró éste en ella, y poco después volvió trayendo debajo de la capa dos espadas.

—A la fuente principal del paseo de Bucareli.

Dijo al cochero al subir al carruaje.

—Está muy bien, señor amo.

Y el cochero se dirigió hácia el sitio señalado, donde volvió á detenerse. Fernando y Miguel bajaron del coche; y mandando al cochero que los esperara, se alejaron los dos á pié hasta un punto que juzgaron propio para ventilar el asunto que tenían pendiente. Examinaron el terreno, tomó cada cual su arma, y cruzaron sus espadas.

Miguel era diestro en toda clase de armas, y aunque Fernando no manejaba con igual perfección todas, en aquella en que tenía lugar el desafío, era uno de los primeros: así es que el combate fué reñido y sangriento.

Los dos se acometían y se quitaban los golpes de una manera que hubiera dado honor al mas acreditado profesor de esgrima.

Todo estaba en el mayor silencio: algunas gotas de agua empezaban á desprenderse de las negras nubes que encapotaban el cielo; y en medio de aquella lobreguez, solo se escuchaba el ruido producido por el choque de las espadas.

El cochero, sentado en el estribo del coche, con el sombrero de anchas alas forrado de hule, metido hasta las cejas, y envuelto en un capote azul, dormitaba tranquilamente, bien ageno de pensar que á corta distancia de allí, iba á perecer un hombre.

Los combatientes, deseando dar fin á aquella lucha tan larga, se acometían cada vez con mas furor, sin que ninguno alcanzara ventaja sobre el otro. Pero al fin Miguel, que estaba rendido por el trabajo que para huir de la prision habia tenido, empezó á perder su brío: su contrario que lo notó, redobló sus golpes haciéndole retroceder algunos pasos. Miguel procuró entonces re-

cobrar lo perdido; pero débil en extremo, á causa de no haber tomado alimento ninguno en todo el dia, no pudo conseguirlo, y por último, cayó al suelo atravesado de una estocada.

—¡Soy muerto!....

A estas palabras, Fernando arrojó su espada entre la maleza, dejando tendido á su contrario, y se encamió apresuradamente adonde le esperaba el coche.

—Al Portal de Mercaderes.

Dijo entrando en el carruaje.

—¿No esperamos al otro señor?

Preguntó el cochero que ignoraba lo que habia sucedido.

—No; porque se queda con las personas á quienes hemos ido á ver.

—Está muy bien.

Dijo el cochero; y montando en sus flacas mulas, metió espuelas, y se dirigió al sitio señalado.

CAPITULO XXV.

El viaje.

El baile entretanto continuaba lleno de agitacion y de vida, donde cada individuo se rodeaba de un mundo amoldado á las ideas que creaba en aquel instante su fecunda fantasía. El que alcanzaba una palabra de amor, una dulce mirada de la mujer que amaba, presentia una existencia de eterna felicidad, embalsamada por el perfumado aliento del sér que divinizaba. El que merecia una sonrisa de la jóven de angélica faz á quien rendido obsequiaba, veia abierta la puerta del Eden donde se iban á realizar los dulces ensueños que en la juventud halagan el corazon virgen que ama por pri-

mera vez: cada suspiro, cada palabra, cada sonrisa era un poema de rima celestial en que leia su ventura cada favorecido amante.

Los que no conocian el mundo mas que por el prisma de sus doradas ilusiones, gozaban de una felicidad sin guarismo: los que le habian visto por el lado de los desengaños, de sus miserias y de la amarga realidad, dirijian una mirada de compasion á los que acariciaban, como cierta, una fantasma, una sombra que se desvaneceria al tocarla.

¡Dichosos los primeros! ¡desgraciados los segundos! Creer es sentir, es gozar, es vivir.... Dudar es morir.... peor que morir: ¡es agonizar eternamente!....

¡Felices los que sueñan que son felices y soñando mueren!....

¡Desdichados los que despiertan para padecer, y padeciendo viven!....

Muchos de los que se hallaban en el baile, soñaban que eran felices, y por lo mismo que lo soñaban, lo eran: al lado de ellos se veian otros que habian despertado para

palpar la horrible realidad, sepulcro de las risueñas ilusiones que embellecen la vida de la triste humanidad.

En el número de los últimos se encontraba Luisa. Obligada, por las circunstancias, á mostrar una alegría que estaba muy lejos de disfrutar, asomaba á sus labios una sonrisa melancólica y triste, como el sol cuando envuelto entre oscuras nubes, deja apenas percibir alguno de sus rayos que, sin fuerza y moribundo, lucha por rasgar las sombras húmedas que á su paso se oponen.

Colocado su corazón entre el sentimiento puro del amor y los sagrados deberes de esposa, sostenía una lucha superior á las fuerzas de una débil mujer.

Bailaba, y sus delicados piés se deslizaban por la floreada alfombra, pero su pensamiento estaba muy lejos de los lindes del adornado salón: puede decirse que, en aquel instante, el alma y el cuerpo se habían separado, y que mientras el primero cumplía como un autómatas con los fríos deberes de la etiqueta y de la urbanidad, la segunda, mas noble, mas poderosa, mas in-

dependiente, seguía libremente los impulsos dictados por la naturaleza.

Una hora había trascurrido, y ni Enrique, ni Miguel, ni Fernando parecían.

Luisa, sentada siempre que acababa de bailar, enfrente á la puerta que conducía al corredor, tenía fijos los ojos en el punto por donde entrar debía alguna de las personas que impaciente esperaba.

De repente oyó pasos: fijó la vista en el corredor: vió adelantarse una sombra, y se estremeció en la silla. La sombra siguió avanzando, y al llegar á la puerta del salón, Luisa dejó escapar una exclamación de alegría al reconocer á Fernando.

Pero á aquel sentimiento de alegría, sucedió inmediatamente otro de terror. Para vivir su esposo era preciso que hubiera muerto Miguel.

Esta idea heló toda la sangre de Luisa: y ¡oh incomprensible arcano del corazón! casi sintió que no fuera Miguel el que se presentara....

Fernando, manifestó la mayor calma y serenidad, para no sorprender á Luisa y

provocar un conflicto que pudiera comprometerle; se acercó á ella, tomó asiento á su lado, y la dijo con cariño, pero de manera que nadie pudiera enterarse del asunto que trataban.

—¿Te has divertido?

—Muy poco; pero tú ¿dónde has estado?

Fernando conoció, por la manera con que fué hecha la pregunta, que su mujer le habia visto hablar con Miguel; y juzgando que el mejor medio para desorientarla, era confesarle á medias la verdad, contestó sin que en su rostro se hubiese pintado la mas ligera alteracion.

—He estado con Miguel en el corredor.

—¿Con Miguel?

Exclamó Luisa que no esperaba tal respuesta.

—Sin duda: le encontré en esta sala, y solicité de él una explicacion que se apresuró á dármele en el acto.

—No te comprendo.

—Le mostré la carta que tanto me exaltó la noche que la encontré al pié de la ven-

tana, y le pregunté si era él quien la habia escrito.

—¿Dios mio!—exclamó Luisa perdiendo el color—¿y qué contestó?

—La verdad: que era su autor.

—¿Y despues?

—No te alteres ni alces la voz, que pueden oirnos.—Dijo Fernando sonriendo para que nadie llegase á sorpechar el asunto que trataba con su esposa, y tranquilizar á la vez á ésta.—Nada funesto ha pasado entre los dos. Me ha dado una satisfaccion completa, y he quedado tranquilo.

Luisa, que la palabra satisfaccion la tomó en su acepcion pacífica, sintió aligerado su pecho del horrible peso que le oprimiera, volvió á su rostro el suave tinte de la rosa; miró á su esposo con el interes con que se vé á una persona que nos ha prestado un favor distinguido, y contestó:

—¿Quiere decir que te ha prometido no volver á dar margen á tus zelos que tanto mal me hicieron?

—Sí; ese ha sido el resultado.

—Me alegro infinito: así no volverás á

desgarrar mi corazón con injustas sospechas.

—Nunca, Luisa: ya te he dicho otras veces, que yo estaba loco cuando llegué á ofenderte.

—Tienes un corazón leal.

—Pero yo también tengo que cumplir una palabra dada á Miguel.

—¿Y qué palabra es esa?

—Le he prometido, en cambio de la promesa que hacia de no volverte á ver, ausentarnos de la capital esta misma noche.

—¡Esta noche!

—Ha sido nuestro convenio. Irémos á nuestra hacienda situada en la risueña margen de Chapala, y allí viviremos felices, sin mas cuidados que el de educar á nuestro querido hijo.

Aquella marcha repentina á una hora tan avanzada de la noche, volvió á despertar los recelos de Luisa. Le pareció que, una salida hecha sin preparativos de ninguna clase, mas visos tenia de temerosa fuga, que de viaje. Fernando, que no perdía ni uno de

los movimientos de su esposa, leyó lo que pasaba en su corazón, y añadió:

—Con esto he querido, no solamente manifestar á Miguel mi gratitud, sino también librarme de un compromiso político.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Alguna conspiración?

—Sí....—contestó Fernando sin saber qué pretexto alegar:—una conspiración contra.... Pero ya te lo contaré después, porque aquí podría oírnos alguno y.... Precisamente va á tener lugar en una de las piezas interiores de esta casa la reunión, en cuanto termine el baile y se vayan los concurrentes.

—No te mezeles en nada, Fernando: salgamos ahora mismo: la política me asusta...

—También yo quiero despedirme de ella: tú y nuestro hijo sereis, desde hoy, el blanco de mis afanes.

—Vamos á la hora que quieras.

—Esperémos otro instante para no llamar la atención: veo que están anunciadas las *tagarotas*, y ya sabes que esta es la últi-

ma pieza de baile con que terminan las posadas.

—Bien; sea como tú dispones.

En aquel momento sonó la música, y se acercó á Luisa un jóven.

—Vd. ha tenido la bondad de admitirme por compañero para bailar las cuadrillas *tagarotas*, y vengo á que tenga vd. la complacencia de salir.

—Con mucho gusto.

Y Luisa, apoyada en el brazo de su compañero, fué á colocarse entre el grupo de parejas que la esperaban.

Las *tagarotas* son unas cuadrillas ó rigodones, compuestos de sonecitos populares del país, piececitas ligeras y bulliciosas, como el Butaquito, el Artillero, el Cojo y los Enanos, en los cuales están obligados, todos los que bailan, á hacer lo que significa la música, encogiendo las piernas en los Enanos para hacerse bajitos, cojeando en el Cojo &c., lo cual presta un rato de estrepitosa risa á la concurrencia.

Aquel, como el último momento de la diversion, era el mas animado, el de las

promesas de los jóvenes, el de los juramentos de amor. Todos se lamentaban de que las horas no tuviesen ciento veinte minutos, excepto Luisa y Fernando que, dominados de alarmantes ideas, creían que los minutos tenían entonces ciento veinte horas.

Tal es el mundo: mientras unos quisieran detener el vuelo rápido del tiempo y que plegase sus alas para que no tuviesen término las dichas, otros maldicen la torpeza con que mueve sus alas, que las pliega para detenerse á contemplar las desventuras y las lágrimas de los desgraciados. Y ¡cuántos de éstos robándole sus derechos, anticipan su carrera, poniendo término á sus días, sin advertir que donde creen que acaba con el suicidio el tiempo de sus penas, comienza una eternidad de tormentos!

El momento, tan sentido por los que se divierten, como deseado por Fernando, llegó al fin; los músicos acabaron de tocar; los convidados se despidieron hasta la siguiente noche, y Luisa y su esposo se dirijieron á casa para disponer el coche y emprender en viaje.

Una hora despues, un carruaje, tirado por cuatro caballos y con cuatro personas dentro, salia por una de las puertas de la ciudad.

En él iban Luisa, Fernando, su hijo Juanito y la criada Jaana que tanto amaba á su señora.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL
PRIMER TOMO.

CAP. I.— <i>Situacion en que se encontraba México en la época en que da principio nuestra historia</i>	11
CAP. II.— <i>Amor y deber</i>	17
CAP. III.— <i>Una visita</i>	33
CAP. IV.— <i>Proyectos y temores</i>	46
CAP. V.— <i>La carta</i>	56
CAP. VI.— <i>Inquietudes y esperanzas</i> ...	76
CAP. VII.— <i>Fernando y Luisa</i>	96
CAP. VIII.— <i>El capitan Rossi</i>	118
CAP. IX.— <i>A rio revuelto</i>	131
CAP. X.— <i>El ángel y el demonio</i>	153
CAP. XI.— <i>El ama y la criada</i>	173
CAP. XII.— <i>Temores de una separacion</i> .	191
CAP. XIII.— <i>Quien bien te quiere te hará llorar</i>	203